

4.500 hombres y 200 caballos de la tierra.

Insiste Vega en la buena disposición a la defensa que han mostrado los sicilianos: "Todas estas fortificaciones y reparos y otras provisiones que se han hecho de fabricas lo han hecho el reyno y ciudades con gran voluntad y diligencia". Messina ha ofrecido más de lo pedido, como se ha dicho más arriba, y aún ha dado para sostener sin paga 2.000 gastadores para los reparos. En el lugar de Castellaccio, que es caballero a todos los caballeros de la ciudad, y donde no se había hecho cosa alguna, a pesar de lo mucho que se habló de ello, mandó hacer un reparo fuerte y bien entendido, "y ya están puestas media docena de piezas de artillería"¹⁰.

Posiblemente podamos situar el final del periodo de transición a la fortificación moderna en Sicilia al término de la obra del marqués de Terranova. Más allá de este tiempo se dejará sentir el peso y la influencia de la sistematicidad impuesta por Felipe II a la fortificación de los reinos de la corona de España. En esa segunda transición entre dos reinados, la disposición del reino a atender a su defensa se había mantenido intacta. Así, el virrey duque de Medinaceli daba cuenta a Felipe II, que a lo largo del parlamento de 1561 la corte había contribuido con unos 50.000 escudos, y las ciudades lo habían hecho con otros 50.000, y aún quizás 60.000¹¹.

Llegados a este punto del desarrollo autónomo de las fortificaciones de Sicilia, seguiremos ocupándonos de su posterior desarrollo en el contexto general de la política de defensa de Felipe II para todas sus posesiones italianas, después del capítulo sobre...

EL REINO DE NÁPOLES

La obra de modernización de las fortalezas no podrá ser llevada a cabo por Fernando el Católico como rey de Nápoles, ya que muere en 1515. Después de él, como se sabe, hay un largo interregno político del que no sale hasta que su nieto Carlos se consolida como rey y emperador, y decide emprender una política mediterránea de contención del imperio otomano. Bajo su mandato se llevarán a cabo las campañas norteafricanas que establecerán una serie de enclaves fortificados, el principal de los cuales es La goleta, que él toma en persona en 1535. En la campaña de África le acompaña toda una pléyade de ingenieros militares, Gabriele Tadino, Benedetto de Rávena, Alfonso Rubiano, Ferramolino, Librano, y Betto y Girolamo Medici. El primer alcaide de La Goleta será Bernardino de Mendoza, gran experto en fortificaciones. De La Goleta el emperador pasó, como hemos visto, a Sicilia y Cerdeña, tomando medidas para la modernización de las defensas.

De allí a Nápoles, donde pudo comprobar los avances en la construcción de los castillos de San Telmo y L'Aquila. El emplazamiento del primero lo había elegido el propio emperador después de que los franceses fuesen expulsados de Nápoles en 1528, en presencia del que habría de ser su constructor, el arquitecto militar valenciano Luis Escrivá, quien también diseñó el proyecto y ejecución parcial del castillo de L'Aquila, en los Abruzzos, "que es donde siempre se comienza la guerra en el Reyno", según el virrey Toledo. Esta fortaleza se habría de levantar como castigo por haberse alineado L'Aquila con la causa del rey francés, y como medio de contención de los estados pontificios. En todo caso, el programa más urgente era el de la fortificación del frente de costa, y ello habría de ser la obra del virrey Pedro de Toledo.

En un plano de prioridad inferior, no relacionado con la defensa general de los reinos sino de sus provincias y tierras, colocaremos la nutrida construcción de fortalezas en la costa adriática, sobre todo en la comarca más expuesta de ellas, la Apulia, donde encontramos las nuevas fortalezas de Lecce, Barletta y Copertino, y otras de barones, y la remodelación del numeroso parque fortificadorio de los periodos angiovinos y aragoneses del reino en esa y otras provincias: Trani, Monopoli, Manfredonia, Otranto, Cotrone, Gallipoli, etc. en Nápoles; Sciacca, Trapani, Poz-

zallo, Licata, Siracusa, Catania y, mucho más tarde, Capo Passaro en Sicilia; y la remodelación de Castel Aragonese en Cerdeña.

El gran sitio turco de Malta de 1565 tuvo como respuesta la activación del plan de torres del virrey Toledo, por el virrey del momento, duque de Alcalá. El plan comprendía 313 torres en las costas del reino, su dotación de personal de guarda y su financiación. Su despliegue aproximado era una por cada seis millas de playa y una por milla en las partes montuosas pobladas. Las torres satisfacían diversos fines: impedir el acceso de naves enemigas, principalmente turcas, a las desembocaduras de los ríos y a las fuentes para tomar agua, estorbar el refugio de las galeras en calas y playas, proteger las naves del reino en su comercio costero, recoger a la población campesina dentro de sus muros en caso de razzia y darse aviso unas a otras de la proximidad del peligro.

El plan imponía importantes cargas sobre la población local. Un censo de 1568 establecía en 480.831 los hogares situados a menos de diez millas de las costas que debían financiar las obras. Las poblaciones marinas debían, además, proporcionar la guardia de cada una de las torres, con dos hombres en permanencia bajo el mando de un cabo español. A veces eran los señores locales los que ofrecían construir una torre con tal de que su guardia fuese pagada por las arcas reales. En los cinco meses de invierno se solía dispensar del servicio. Junto a la defensa por torres estaba también la guardia a caballo, que recorría las marinas, y se financiaba a partes iguales entre el gobierno virreinal y los municipios. Un efecto estratégico significativo de esta política de torres fue el desplazamiento de las razzias turcas y argelinas con preferencia al norte de Ancona, esto es, hacia las costas de Venecia.

A las torres construidas en el territorio continental del reino se unieron a partir de los años cincuenta del XVI las torres nuevas del llamado Estado de los Presidios de Toscana y de la isla de Elba. La experiencia, además, aconsejaba levantar nuevas torres. Así, una relación de 1620 por el credenciaro de las regias torres del reino de Nápoles, Jac. Antonio Galano, señalaba la existencia de 368.

El maestre de campo Gabrio Serbelloni, en una memoria de 1572, hace una evaluación del efecto producido por las torres en la población costera: aunque no son capaces de impedir que una potente armada enemiga tomase aquellos puertos (los del Estado de los Presidios) "el servitio che sin' hora hanno fatto et che fanno, sendo state causa sin hora secondo mi è detto di salvare la libertà a piu de mille homini".

Los investigadores tienen dos importantes fuentes de documentación sobre las torres de este periodo de la historia europea. Los numerosos documentos de los virreinos de Nápoles y Sicilia existentes en el Archivo General de Simancas, en España, y las relaciones de Carlo Gambacorta, gobernador del Abruzzo, tras sus visitas a las diversas provincias del reino a finales del XVI. Relación que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París.

Si por lo dicho hasta ahora podemos estimar prudentemente el número de torres que existieron una vez en los reinos de España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, en más de seiscientas, pode-



Nápoles, castillo de San Telmo

10).- Carta del virrey Giovanni de Vega al emperador, AGS, Estado 1119-142.

11).- Discurso particular del duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, de 1561. AGS, Estado 1126-140.